

LA CONSTRUCCIÓN DE UN IMAGINARIO FEMENINO EN *MUJERES DE NUESTRA TIERRA* DE BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI. ¿HISTORIA DE LAS MUJERES O HISTORIA DEL GÉNERO?

Constructing a feminine imaginary in *mujeres de nuestra tierra*, by Bernardo González Arrilli. A history of women or a history of gender?

María José Billorou

Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (IEM)
Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam)

Resumen

La llegada del peronismo al poder, implicó el establecimiento de nuevos objetivos, que sin duda nos remiten a las relaciones entre el Estado y la sociedad civil que caracterizó a la Argentina en los años 40. El Estado a través de un discurso contundente y de la implementación de una serie de políticas forjó representaciones, aparentemente nuevas, acerca de la mujer al buscar inculcar prácticas de vida vinculadas directamente a los objetivos del gobierno peronista.

Buscaremos abordar estas representaciones a partir del libro de Bernardo González Arrilli (1950) *Mujeres de nuestra tierra*. (Buenos Aires: Ediciones La Obra) que permite aproximarse no sólo a la construcción y características del imaginario sino a las políticas estatales que lo sustentaron y legitimaron, especialmente, la política educativa, que lo convirtió en libro de consulta para los maestros.

Este análisis histórico concreto, busca responder una pregunta esencial para quienes incorporamos la categoría género al trabajo histórico: ¿basta sólo con incorporar a las mujeres como objeto de estudio, para asegurar la corrección de la tarea? A lo largo del trabajo, buscaremos ir más allá del rescate del sujeto femenino como protagonista de la historia para reflexionar sobre la forma en que la diferencia sexual se ha construido históricamente.

Palabras claves: peronismo - representaciones - epistemología.

Abstract

The arrival to power of the Peronist Movement implied the establishment of new objectives, which bring to mind the relations between the state and the civil society that was peculiar of the Argentina of the forties. The State, through strong discourse and the implementation of a new series of policies, created representations -apparently new ones- of women, when it tried to teach life practices directly related to the objectives of the Peronist government.

Our purpose is to analyze those representations through the book *Mujeres de Nuestra Tierra*, by Bernardo González Arrilli. This text allows us to approach not only the construction and characteristics of the imaginary, but also the states policies that sustained it and legitimized it -especially in the case of the educational policy, which transformed the book mentioned into a book that school teachers often consulted.

This concrete historical analysis tries to give an answer to a question that is essential for those who use the category of gender in such analysis: is it enough to include women as objects of study to ensure the correctness of our task?

Through this text we aim at going beyond the inclusion of the feminine subject as a protagonist of history and to reflect on the way in which sexual difference has been historically constructed.

Key words: Peronismo- representations-epistemology

Sumario: Introducción. ¿Historia de las mujeres o historia del género?. La dimensión histórica social. La obra: *Mujeres de nuestra tierra*. El análisis del texto: *Imágenes de mujeres*

Introducción

La llegada del peronismo al poder, implicó el establecimiento de nuevos objetivos que, sin duda, nos remiten a las relaciones entre el Estado y la sociedad civil que caracterizó a la Argentina en los años 40. El Estado a través de un discurso contundente y de la implementación de una serie de políticas forjó representaciones, aparentemente nuevas, acerca de la mujer al buscar inculcar prácticas de vida vinculadas directamente con los objetivos del gobierno peronista. La construcción y transmisión de este imaginario buscó amortiguar los cambios que trajo la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, solucionar las tensiones que esta participación provocó en el ámbito familiar y adaptarse a los

nuevos deberes de las mujeres en tanto ciudadanas.

Estas representaciones en gran medida intentaron consolidar y propagar una determinada identidad de género. De esta manera, la difusión de un imaginario colectivo popular resultó un mecanismo eficaz de reforzamiento de códigos de conducta y modelos de masculinidad y feminidad. En gran medida, los modelos transmitidos en el discurso de género a través de la representación simbólica de las mujeres se transformaron en una manifestación decisiva de control social informal que buscó canalizar y mantener a las mujeres en sus roles tradicionales. Esto no significó que las imágenes y las representaciones culturales reflejaran el complejo universo femenino ni tampoco la globalidad de los valores culturales vigentes. El discurso de género y las representaciones simbólicas no se convirtieron tampoco necesariamente en un espejo de la realidad. Sin embargo, las representaciones culturales nos develan el conjunto de ideas frente al cual las mujeres tenían que medir su conducta y el significado de sus exigencias, desafíos o acatamiento frente a los modelos de género impuestos por la sociedad (Nash, 1999:90-91).

Buscaremos abordar estas representaciones a partir del libro de Bernardo González Arrili (1950) *Mujeres de nuestra tierra*. La elección de esta obra, responde claramente al objetivo planteado, porque se propone, según el prólogo escrito por el autor: "Tenemos algunas mujeres que pueden servir para la búsqueda de una tipificación argentina" (González Arrili, 1950:9).

Además permite aproximarse no sólo a la construcción y características del imaginario sino a las políticas estatales que lo sustentaron y legitimaron, especialmente, la política educativa, que lo convirtió en libro de consulta para los maestros.

Este análisis histórico concreto, busca responder una pregunta esencial para quienes incorporamos la categoría género al trabajo histórico: ¿basta sólo con incorporar a las mujeres como objeto de estudio, para asegurar la corrección de la tarea? Una respuesta positiva daría por sentado que una disciplina se define por su objeto de estudio: la historia al incorporar a las mujeres automáticamente se convertiría en historia de las mujeres. Pero el género, en tanto sistema de relaciones sociales que organiza, legitima y reproduce la diferencia sexual, como elemento primordial de la tarea histórica supone revisar toda la construcción epistemológica de la disciplina.

La obra considerada, si respondemos afirmativamente la pregunta anterior, puede ser catalogada como un ejemplo de la construcción de la historia de la mujer, porque cumple con la concepción señalada. A lo largo del trabajo, buscaremos ir más allá del rescate del sujeto femeni-

no como protagonista de la historia para reflexionar sobre la forma en que la diferencia sexual se ha construido históricamente. De esta manera, pretendemos integrar efectivamente el género a la historia. Compartimos la idea de Ramos Escandón (1999) sobre la necesidad de privilegiar en el análisis histórico aquellos momentos, espacios, símbolos en los que se lleva a cabo un cambio sustancial en lo que se refiere a la relación social entre los sexos. De esta manera, mediante la contrastación con otros momentos más estáticos se puede evaluar las permanencias y las continuidades del universo simbólico femenino / masculino.

¿Historia de las mujeres o historia del género?

La inclusión de la perspectiva de género en la historia, la antropología y la filosofía ha provocado la crítica frontal al sujeto masculino, patriarcal y todopoderoso, excluyente. Esto se ha logrado, en gran medida, mediante los esfuerzos de investigación sobre la presencia de las mujeres, su participación, sus vidas y los procesos que las involucraron. Así, se ha develado otro pasado a pesar de que las señales, evidencias y huellas históricas fueron dejadas por quienes excluían a las mujeres de la participación en esas sociedades. Pero el aporte central que ha suscitado en la historia es el descubrimiento de que los géneros son construcciones históricas: las mujeres y los hombres requieren ser visualizadas a la luz de la historia y no de la naturaleza (Lagarde, 1999).

Los estudios históricos sobre las mujeres, especialmente en el primer momento de su aparición, se enmarcaron dentro de una perspectiva descriptiva, donde el objetivo principal fue el hacer visible a las mujeres en los procesos histórico-sociales¹. Esta modalidad influyó fuertemente en la forma en que se delimitaron los problemas a abordar. El reconocimiento de la ausencia de las mujeres en los discursos históricos, implicó que la primera operación posible se convirtiera en el rastreo y la localización de sus huellas, de sus prácticas propias, sus discursos ocultados u olvidados por quienes contribuyeron a conformar la conciencia histórica.

Joan Kelly Gadol (1992) establece que la tarea tiene dos etapas: en primer lugar, la de reintegrar a las mujeres a la historia y en segundo lugar la de restituir a las mujeres su historia. De esta manera, dos procesos realimentan el análisis de la mujer como sujeto histórico y la creación de una conciencia de la especificidad histórica femenina, tanto entre las propias mujeres, como en ámbitos más amplios (entre otros la comunidad universitaria y los ámbitos de la historiografía oficial).

Por lo tanto, desde la historia, la categoría género trata de

desentrañar y corregir el criterio de selección de los acontecimientos que se consideran históricos, en la medida en que, en el hecho de privilegiar un acontecimiento que se refiere a la vida política o a la forma del ejercicio del poder público como acontecimiento “histórico” se está tomando una posición que supone una concepción de la historia como el ejercicio del poder público. Así, el primer señalamiento de la historiografía feminista es el de que ha existido, a través de la memoria histórica, en la historiografía propiamente dicha, un ocultamiento de los acontecimientos de la vida de las mujeres (Ramos Escandón, 1999:137-138).

Especialmente, los registros oficiales nos muestran cómo la experiencia de la sociedad humana ha sido narrada y registrada desde el punto de vista de los hombres, no de las mujeres. Las mujeres han sido las grandes ausentes de los registros del pasado, por lo tanto, su incorporación impuso la necesidad de interrogar a los archivos y las fuentes tradicionales con una nueva mirada que privilegiase la experiencia femenina² (Ramos Escandón, 1999:142).

Sin embargo, el abordaje de la historia desde la perspectiva del género va más allá de esta restitución. La introducción de la categoría de género en el análisis histórico plantea la necesidad de realizar un examen crítico de las premisas de la producción histórica, al cargar de potencialidad conflictiva a la historiografía. Una lectura así, por supuesto, afectaría al corpus general de la disciplina y a muchas de las construcciones realizadas y asumidas hasta el momento (Pita, 1998).

De esta manera, en el lapso de diez a quince años, la historia de la mujer ha avanzado desde una propuesta inicial de rescate, de información y de recuperación de la presencia femenina, así como la memoria de esa presencia femenina, a plantear una nueva categoría analítica que modifica y cuestiona los contenidos y el concepto mismo de historia. Se ha profundizado el primer abordaje (la necesidad de un protagonismo femenino, la inclusión de la mujer como objeto central de análisis y de reflexión histórica) al cuestionar el contenido mismo del concepto “mujer” a partir de la reflexión sobre su historicidad.

El género es una categoría subversiva, como ya hemos señalado, que impugna las convicciones fundamentalistas de que existe una naturaleza, única, inamovible, más allá del tiempo y del espacio al determinar su naturaleza histórica. El género en tanto sistema de relaciones sociales que organiza, legitima y reproduce la diferencia sexual analiza cómo se construye y reproduce la diferencia sexual a partir de las cuotas de poder que se adscriben a cada uno de los géneros.

Lo que hace al concepto de género sumamente atractivo, pero al mismo tiempo sumamente “peligroso”, es su búsqueda de comprensión

del poder relativo de cada sexo en una determinada sociedad como relación con los conjuntos opuestos de valores culturales y fronteras sociales preestablecidas que puede cambiar e impulsar el reordenamiento de todas las demás categorías sociales, políticas y culturales. Más aún, la teoría del género muestra cómo las relaciones entre los sexos son relaciones de poder y están claramente insertas en el conjunto más amplio de relaciones sociales, económicas y políticas de una sociedad.

El estudio de las relaciones de género, en sus ejemplos históricos concretos, es una forma de comprender a las mujeres como un grupo inserto fundamental y básicamente en la estructura social y en la red de poder que de ellas se derivan. El aporte fundamental que brinda la historia del género, entonces, radica en considerar a las mujeres el centro desde donde se analizan las relaciones de poder en las que se ubican (Ramos Escandón 1992:156-157).

El género como elemento clave para entender el discurso social. El género permite también analizar las representaciones sociales en tanto construcciones simbólicas que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas. El discurso social mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad establece las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres (Lamas, 1996:340).

La ideología de género (Mafia, 1998/9), producto del proceso mencionado anteriormente, crea en los varones la convicción de que sus experiencias expresan la humanidad (el “hombre” en sentido universal), mientras las de las mujeres aparecen, incluso para sí mismas, como lo otro o lo diverso, la “diferencia”. La ideología de género no sólo genera estereotipos que afectan a varones y mujeres individuales, sino que organiza al generar las estructuras de interpretación posibles nuestro mundo, natural, social y cultural³.

Así la diferencia sexual entre hombres y mujeres ha estado creada y transformada a través de los diferentes valores simbólicos otorgados a cada uno. En tanto el valor simbólico de mujer ha sido tradicionalmente inferior al valor simbólico de hombre (como ya hemos señalado especialmente imbricado en la idea de la diversidad, de la concepción como “otra” del parámetro masculino, considerado como universal). A partir de esta lectura simbólica de signo diverso, se ha elaborado una perspectiva dicotómica de oposicionalidad excluyente que ha reproducido y legitimado las diferencias genéricas (Ramos Escandón, 1999).

La conceptualización de lo femenino, derivada de la perspectiva mencionada como inferior, como ausente y por ende como incapaz de agencia histórica, perpetuó su subordinación y su falta de acción, así como la realimentó el valor simbólico de la mujer como suje-

to pasivo. Históricamente, la mujer ha ocupado pues una posición de subordinación e inferioridad que no le permitió trascender para ser agente de la historia y que reprodujo su ausencia de la historia, su transparencia en el discurso histórico.

La dimensión histórico social

El análisis de la obra seleccionada va a utilizar el concepto de discurso elaborado por Ciriza (1992) en tanto producción lingüística, en cuyo transcurso determinados enunciados, tomados del código de la lengua, son asumidos por un locutor, en circunstancias temporales y espaciales precisas. Así se trata de un proceso que supone tres momentos: producción, circulación o distribución y consumo o uso. Esta noción supone la existencia de una estrecha relación entre los textos y la dimensión histórico-social en la cual se insertan. Ahora bien, como sostiene Ciriza (1992), esto no significa de ningún modo postular una determinación mecánica de lo social en lo simbólico. Las condiciones de su producción remiten a un sujeto histórico y socialmente situado, aunque ello no implique pensar una analogía entre texto y contexto, o una relación mecánica. Si bien existe una estrecha relación entre los textos y la dimensión histórico-social en la cual se insertan, donde las marcas del contexto en la producción simbólica son ineludibles, hay relativa autonomía en las mismas.

Angenot (1983) define el concepto de “discurso social” como aquello enunciable, propio de una época dada, así incluye a todo lo que se dice, todo lo que se escribe en un estado de sociedad dada, las reglas discursivas y tópicas que organizan lo narrado, sin jamás enunciarse ellas mismas. Concibe al discurso social como el conjunto (que generalmente se presenta en forma antagónica) de lo decible, de los discursos instituidos y de los temas provistos de aceptabilidad y de capacidad de migración/mutación en un momento histórico de una sociedad dada. Sin embargo, cuando hablamos de discurso social no entendemos solamente los lugares comunes, colectivos; más ampliamente, el discurso social es la producción social de la individualidad, de la especialización, de la competencia, del talento, de la originalidad (“aceptable”); es la producción de la opinión llamada “personal” y de la creatividad denominada “subjetiva” (Angenot, 1983:9).

Como ya hemos mencionado, el texto analizado no se incorporó como libro de lectura para uso de los alumnos, pero determinados cambios que se implementaron en la política educativa hicieron posible y necesaria su aparición. Por lo tanto, consideramos que hay que tener en

cuenta que un discurso incluso en el momento de su producción, está condicionado por los sujetos a los que va dirigido. Los discursos no fluyen indiferenciadamente en la sociedad, su circulación está ligada a la fragmentación del público, a las condiciones institucionales en las que están los sujetos productores y destinatarios, a la diferencia de competencia entre éstos (Ciriza, 1992).

La editorial que publicó el libro de González Arrili presenta características que deben ser tenidas en cuenta para examinar tanto el contexto histórico social de producción como las condiciones institucionales que permiten la circulación de La Obra.

La editorial La Obra surgió en 1921 a partir de la Revista “La Obra”, publicación quincenal. Se trató de una revista de importante circulación dentro de las escuelas argentinas, y su consulta era fundamental para la elaboración de las clases por parte de los maestros/as ya que además de las columnas editoriales, su principal corpus lo constituía material de apoyo didáctico. En cuanto a su perfil “ideológico”, desde sus comienzos, la revista “La Obra” fue un órgano de difusión docente, no gubernamental y con un estilo opositor y crítico (Lluch-Rodríguez, 2000:55-56).

Hasta 1948/49 en la línea editorial se traduce cierto nivel de disenso con las políticas oficiales. Pero las mismas características de la revista, su función de brindar material y apoyo didáctico a los docentes provocaron paulatinamente cierta aceptación a los objetivos integradores de la educación planteados por el peronismo (Amuchástegui, 1997). Este proceso, se intensificó a partir de 1950 con la denominada “peronización de la educación”, que alcanzó su clímax en 1953 y se extendió hasta la caída del gobierno en 1955 (Plotkin, 1993).

De esta manera, en la sociedad se acentuaron elementos que formaban parte del régimen peronista desde sus inicios: el uso de la autoridad del Estado para disciplinar las fuerzas propias y la utilización del liderazgo personal e intransferible -compartido con su esposa-, que se constituyó naturalmente pero que luego fue cuidadosamente alimentado por la maquinaria propagandística. El régimen tuvo una tendencia definida a “peronizar” todas las instituciones, y a convertirlas en instrumentos de adoctrinamiento, a esto se unió la saturación de los medios de comunicación -utilizados por primera vez en forma sistemática- y también de la escuela (Romero, 1994).

La política educativa, entonces, acentuó la centralización y el control del sistema así como su politización, especialmente de los contenidos curriculares y de los libros de texto escolares. De esta manera, el peronismo profundiza su presencia en la educación pública con la incor-

poración en el curriculum y en los textos de la obra de gobierno, así como a través del culto a su líder (Amuchástegui, 1997).

Uno de los cambios que se producen en el curriculum, es la incorporación del papel histórico, social, cultural y laboral femenino como objeto de estudio en los últimos años de la escuela primaria. Se incorporó en cuarto grado la unidad de trabajo: “La mujer en la historia de la patria” que incluía los siguientes motivos de trabajo: la mujer inspiradora y colaboradora de las grandes empresas, la mujer en los hogares próceres de la patria y la mujer en el hogar argentino. En quinto grado, la unidad de trabajo incluida se llamó: “La mujer argentina en el trabajo” que abarcaba los siguientes motivos de trabajo: en el hogar, en el trabajo y en la sociedad. Para sexto grado, la unidad de trabajo planeada consistió en: “La mujer en la sociedad” que englobaba los sucesivos motivos de trabajo: en el hogar, en la cultura, en la asistencia social, en la política.

La Revista La Obra presentó a partir del año 1949 y hasta el final del período peronista⁴, en su sección Sugestiones para el trabajo diario, el desarrollo de las unidades de trabajo mencionadas; las que debían implementarse en el mes de octubre en cuarto grado y en el mes de noviembre en quinto y sexto⁵.

De esta manera, los cambios curriculares que evidencian los cambios sociales, hicieron imprescindible un discurso (entendido tal como propone Ciriza como equivalente a texto) que los sustentara y legitimara. Por lo tanto, el discurso social no produce solamente objetos, sino que instituye también los destinatarios de esos objetos, identificándolos; no produce únicamente objetos para los sujetos, sino sujetos para esos objetos. Mediante esta acción, los discursos operan como cualquier otra práctica instituida –diríamos que no existe práctica que no se instituya sin el acompañamiento de un discurso que la hable, legitimándola (Angenot, 1983:10).

La obra: Mujeres de nuestra tierra

Bernardo González Arrili⁶ (1892-1987); escritor y destacado historiador, tuvo una vasta trayectoria docente, que comenzó con el cargo de Profesor Titular de Historia del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia de Buenos Aires y que se continuaría en otros institutos de enseñanza secundaria hasta 1956.

Más tarde y, en virtud de su destacada trayectoria, integró, como miembro correspondiente, diversas asociaciones relacionadas con la historia y las Letras⁷. También colaboró durante años con el suplemento literario del diario La Prensa.

Escribió numerosas obras⁸. La relación existente entre la Revista la Obra y Bernardo González Arrili fue muy estrecha, varias de sus obras son editadas por la Editorial y aparecían ofrecidas a la venta en las páginas de la Revista⁹.

El libro *Mujeres de Nuestra Tierra*, también está dentro del grupo mencionado con anterioridad: fue editado por La Obra, aparecía publicitado en sus páginas¹⁰ y presentado a la venta por un precio de seis pesos. De esta manera, respondía a las necesidades que los cambios curriculares habían creado. La Editorial Kapelusz en la serie Conocimientos Básicos también había preparado una serie de libros que respondían a las nuevas exigencias, para cuarto grado *La mujer en nuestra historia*, para quinto grado *La mujer argentina en el trabajo* y finalmente orientado a sexto grado *La mujer en la sociedad*.

El prólogo que los editores escribieron para la obra analizada manifiesta la importancia de los destinatarios, en el proceso de producción de la misma. La dedicatoria de los editores: “A las maestras normales argentinas” testimonia un sujeto histórica y socialmente situado. En trabajos anteriores hemos analizado la feminización de la docencia como uno de los rasgos centrales del sistema educativo argentino (Billorou, 1997). Durante el peronismo, ese rasgo se consolidó y acentuó. De esta manera las siguientes palabras de los editores en el prólogo mencionado se dirigían al público destinatario de la obra: el magisterio, primordial y avasalladoramente femenino: “ésta de los editores de La Obra -educadores con más de tres décadas de intensa actuación por todas las sendas que condujeron al mejoramiento educativo de nuestro pueblo- a la maestra normal, especialmente a las maestras de las aulas, abiertas desde hace ya casi un siglo para realizar la gran Argentina que profetizara Sarmiento” (González Arrili, 1950:8).

Los editores resaltaron, cómo este destinatario, es tanto sujeto como objeto de la obra expuesta en esa ocasión: “Quien tal empresa abordase para definir nuestro arquetipo de mujer, no podía prescindir de señalar la influencia de las educadoras: esa influencia tiene sus acentos de lucha épica en la “batalladora” Juana Manso y de movimiento profundo e intenso de transformación social, con la multitud de maestras normales al servicio de la educación popular en el corazón de las ciudades, en los suburbios, en los pueblos, en las colonias de la pampa inmensa, al borde de la selva y al pie de las serranías y los montes, hacia los cuatro puntos cardinales de la patria.

Está explicado por qué también nosotros dedicamos este interesante estudio de González Arrili... Y por qué lo hacemos en honor de nuestras compañeras de misión y de trabajo”(González Arrili, 1950:8).

De esta manera, los editores identificaron claramente el principal receptor de la obra: la maestra, que en su trabajo diario, en el aula a lo largo de todo el país debía llevar a la práctica los mandatos que el Estado imponía. El peronismo no transformó radicalmente la labor docente ya que mantuvo básicamente la estructura educativa vigente pero sí reformuló su función como agentes del Estado. La transmisión de los postulados de la doctrina justicialista implicó la formulación de nuevas prácticas sociales, representaciones y otras formas de sociabilidad educativa (Lluch- Rodríguez, 2000:62).

Todo discurso posee marcas o entidades de la enunciación, mecanismos discursivos que, más allá del enunciado -los contenidos, lo que se dice- aluden a la presencia-ausencia del enunciador en el discurso, y al tipo de relación que se propone al receptor con el enunciador y con lo dicho (Ciriza, 1992). El prólogo de una obra pertenece, así, a esta categoría donde el emisor plantea la relación con lo dicho y con quien lo recibe.

Así, el escritor en su prólogo enunció el cometido de su obra: “Tenemos algunas mujeres que pueden servir para la búsqueda de una tipificación argentina, pero no será posible hallar la arquetipo hasta dentro de muchos años, cuando se decante toda la masa étnica que ha entrado en juego al formarse el país” (González Arrili, 1950:9).

De esta manera, en la formulación del objetivo central de la obra, la construcción de una tipología femenina argentina, aparecen claras influencias de la teoría eugenésica¹¹. A partir de los primeros años del siglo XX el pensamiento eugénico se manifestó en el discurso de género, especialmente en la concepción de la maternidad como un deber femenino y una función social. El cometido social de las mujeres era garantizar la procreación y sobrevivencia de las futuras generaciones de ciudadanos. Así, la responsabilidad femenina era engendrar a los hijos en las mejores condiciones de salud e higiene, para garantizar una población sana y fuerte para la patria. Estas ideas, entonces, planteaban la necesidad de rescatar las características de la mujer argentina que aseguraran esa función primordial para la sociedad y el Estado.

Los obstáculos planteados, en alguna medida, tenían su raíz en la historia reciente argentina: el proceso inmigratorio. En esta concepción del fenómeno inmigratorio podemos rastrear la preocupación del Estado y de los sectores intelectuales iniciada a principios de siglo, sobre las dificultades y la peligrosidad que el inmigrante había traído consigo. Asimismo se plantea, como ya hemos señalado, la voluntad de utilizar el discurso histórico como uno de los elementos que construyan una identidad “nacional”.

Sin embargo existían características propias de las mujeres argentinas que debían ser señaladas:

“Se busca, sin mucho éxito, una característica, señaladora de la especie. No creo que haya tal característica aún, pero tampoco puede darse a barato caudal tan espléndido conjunto de caracteres, sentimientos e intelectos. Las mujeres que en la Argentina asumen la representación de género, no tienen por qué desmerecer en un parangón con sus semejantes de otro país americano, para no irnos arbitrariamente en busca de comparaciones antipáticas con civilizaciones de mayor longitud y espesor” (González Arrili, 1950:9).

Otro tipo de obstáculos dificultó la tarea emprendida, los que se desprendían del sujeto analizado: la dificultad de rescatar la presencia femenina en la historia. Así, en el discurso social pueden detectarse las formas “suaves” de la dominación (de las clases, de los sexos, de los privilegios y de los poderes estatutarios) (Angenot, 1983:10). Entonces, encontramos un problema, señalado con anterioridad, que se plantea al incorporar a la mujer como sujeto histórico: su ausencia en las fuentes “tradicionales” utilizadas por la historia.

“Pocas veces se corre la lección hacia la figura femenina. Parecería que el mundo fuese poblado exclusivamente por el hombre y que la crónica de los hechos apenas mereciera detenerse para apuntar, como de pasada, tal cual acción de mujer. Sobra un minuto de reflexión para comprender que al lado, más allá o más acá, de cada una de las figuras de hombres registradas en la historia, está una mujer que acciona indirectamente, tanto en el campo de batalla como en la sala de la Academia, en la mesa de laboratorio como en la mesa de la fábrica, en el anaquel de la biblioteca como en la tribuna de la asamblea popular” (González Arrili, 1950:10).

Sin embargo, la labor propuesta ha alcanzado resultados provechosos y se podían exponer las características, a través del ejemplo de mujeres particulares, de la acción de las mujeres en la historia argentina.

“La mujer considerada en su maravillosa estructura humana y en su acción social múltiple, está, desde luego, en cada una de las siluetas que este libro contiene. Cada una procura señalar una forma de mujer. La humilde, trabajadora y decidida; la sabia, conversadora y polemista; la culta, vistiendo con sus adornos mentales una casa o una época; la artista que manifiesta las excelencias de su espíritu en un verso, en el color o la línea; la anónima, que es madre, esposa, hija, hermana o novia, todas, todas ellas, gentilmente admiradas y cariñosamente recordadas” (González Arrili, 1950:12).

El análisis del texto: Imágenes de mujeres

Bakhtine (1977) sostiene que cualquier producto ideológico forma parte de una realidad natural o social no sólo como un cuerpo físico, un instrumento de producción o un producto de consumo, sino que además, a diferencia de los fenómenos enumerados, refleja y refracta otra realidad, la que está más allá de su materialidad. Todo producto ideológico posee una significación: representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él, esto es, aparece como signo que refleja ideología.

Esta idea guiará el análisis de la obra elegida que abarcaba “las vidas de esas mujeres aparentemente tan disímiles, formando un grupo que creemos homogéneo, y, claro está, digno de conocimiento y estudio” (González Arrili, 1950:10). La organización del libro se centraba en el eje cronológico, así las mujeres son exhibidas desde las épocas más remotas hasta las más recientes.

Cada mujer es presentada por su nombre, seguido de una caracterización breve que podríamos enmarcar como una descripción definida (Arnoux, 1989:2). Los datos biográficos no son esenciales en la caracterización, en la mayoría de los casos, estos no aparecen. La ausencia de estos no se debe a una clara intención del autor sino a la dificultad, de acceder a gran parte de ellos. Otro elemento a tener en cuenta es que las mujeres se nombran (salvo en un caso: Agustina Palacio de Libarona) con sus apellidos de soltera, esto no implica que el autor omitiera las referencias masculinas de sus vidas. Al contrario, siempre se hace alusión al marido y al padre; en algunas ocasiones al hijo/s.

Para analizar el discurso social, las categorías histórico-sociales o ideologemas, son categorías que permiten conocer el horizonte histórico e ideológico desde el cual un autor determinado emite un discurso, se caracterizan por su prioridad respecto de los demás conceptos; funcionan como posibilitantes del pensar y de su expresión discursiva, al mismo tiempo que poseen una orientación axiológica determinada (Ciriza, 1992).

Podemos identificar tres categorías histórico-sociales que permiten examinar la obra: mujer participante en las luchas por la independencia, mujer esposa-madre-hija-hermana, mujer intelectual.

Mujer participante en las luchas por la Independencia:

Estas mujeres, que aparecen en la primera parte del texto, es el grupo de menor extensión, cuenta con sólo nueve. Pertenecían al sector social de menor jerarquía y sus datos biográficos, desdibujados. La importancia de su tarea en la construcción de la sociedad argentina radicó en su

defensa de los ideales de la libertad:

“En cada uno de los momentos señalados por la historia del país, aparece una mujer. Crisis famosas, triunfos de la voluntad, azares de la suerte, lucha por los ideales compartidos, tareas comunes a los pueblos en formación; no importa qué y cuándo, siempre está la mujer representada o por la figura conservada en los anales con todos los detalles de su biografía o por la estampa de la anónima parte popular que concurre, fija su instante y vuelve a borrarse en el tiempo sin dejar rastro valedero” (González Arrili, 1950:13).

Quienes forman este grupo son: *Manuela Pedraza, la Tucumanesa, Juana Pueyrredón, la decidida, Jerónima San Martín, la de la reja, Gregoria Pérez, la benemérita, Laureana Ferrari, la Bordadora, Pascuala Meneses, la granadera, Juana Mora, la emparedada, Loreto Sánchez Peón, la espía patriota, Toribia de los Santos, la Cautiva.*

Las acciones de estas mujeres en la “defensa de la patria” difieren enormemente; mientras algunas desafían la autoridad, tanto la masculina como la española, abiertamente (Manuela Pedraza, Pascuala Meneses, Juana Mora y Loreto Sánchez Peón), otras sólo acompañaron la gesta masculina a través de las virtudes tradicionalmente femeninas (Laureana Ferrari, Juana Pueyrredón, Jerónima San Martín).

En un solo caso, Toribia de los Santos¹², su accionar es sólo la resistencia al invasor que le costó la vida, en este caso, no al español sino al paraguayo, en un período histórico posterior.

Las crónicas de las vidas de estas mujeres se hallan al inicio del libro, de esta manera se buscaba respetar el orden cronológico planteado al inicio, y son someras. Esto responde a varias causas, por un lado, los acontecimientos seleccionados para su caracterización, en los casos de Jerónima San Martín, Gregoria Pérez, Laureana Ferrari, son anécdotas breves y reconstruidas de otros discursos. Por otro lado, el anonimato caracterizaba a este grupo, ya hemos señalado su pertenencia mayoritaria a sectores populares, fue lo que dificultó la tarea de su personificación. El autor expone, repetidamente esas dificultades.

“Aparece fugaz en un intento puro de luchar por la libertad y se queda luego medio borrosa entre un capítulo de historia y unas décimas de romance” (González Arrili, 1950:28).

“Puede narrarse la historia de una de aquellas decididas para adivinar la de muchas otras.” (González Arrili, 1950:33).

Sin embargo, la significación didáctica y ejemplificadora de estas vidas, determinó su elección, que buscaba destacar privilegiadamente el amor a la patria y la lucha por su libertad e independencia como valor rector. De esta manera, se incluyeron en un mismo grupo, ideales

femeninos tradicionales: la bondad, la solicitud y acompañamiento a la autoridad masculina, el adorno y la belleza; junto a ideales femeninos nuevos o incluso contradictorios con los anteriores: la autonomía, la rebeldía a las autoridades instituidas, la participación activa en la lucha.

Mujer esposa-madre-hija-hermana

Este segundo grupo está formado por las mujeres cuya vida estuvo unida, generalmente por lazos consanguíneos o políticos a los considerados protagonistas modélicos de la historia argentina.

Estos hombres nombrados, constituyen, así, la columna vertebral de este grupo, formado por trece mujeres, mayoritariamente por esposas: Remedios de Escalada, la esposa y amiga, (la esposa de José de San Martín), Juana del Pino, la samaritana (la esposa de Bernardino Rivadavia), Margarita Weild, la esposa y compañera (la esposa de José María Paz), Carmen Puch, la desolada (la esposa de Martín Güemes), Dolores Correas, la mujer del paladín (la esposa de Juan Lavalle), Delfina de Vedia, la segura de sí (la esposa de Bartolomé Mitre), **Agustina** Palacio de Libarona, o el espíritu de sacrificio (la esposa de José María Libarona).

También, dentro de ese conjunto, encontramos a tres hermanas: Macacha Güemes, la hermana (la hermana de Martín Güemes), Procesa Sarmiento, la artista (la hermana de Domingo F. Sarmiento) y Tomasa Vélez Sarsfield, la contradictoria (la hermana de Dalmacio Vélez Sarsfield).

Asimismo, dos hijas de personajes contrapuestos y dicotómicos, se incluyen aquí: Mercedes San Martín, la hija (la hija de José de San Martín) y Manuelita Rozas, la hija del dictador (la hija de Juan Manuel de Rosas).

Una única madre acompaña al resto de las mujeres precedentes: Paula Albarracín, la madre (la madre de Domingo F. Sarmiento).

La caracterización de estas mujeres se elabora, en gran medida a través de la voz de sus hombres (esposos, hijos, hermanos, padres). La referencia discursiva (Ciriza, 1992), operación semiótica en la que un enunciado es extraído de un texto original (contexto inmediato) para ser incorporado a otro, de modo tal que dos enunciados, con ubicación espacio-temporal o social distinta y con posiciones axiológicas también diversas, interactúan dentro de la misma estructura semántica, adquiere así una efectividad central en la construcción del discurso.

Así, la descripción de Margarita Weild se elaboró a través de las cartas y de las Memorias que el general Paz escribió (González Arrili, 1950:44-45), Dolores Correas a partir de las cartas de Lavalle (González

Arrili, 1950:52), Mercedes San Martín según las palabras de su padre (González Arrili, 1950:56), Paula Albarracín por las frases de su hijo, Domingo F. Sarmiento (González Arrili, 1950:59-61), Delfina de Vedia, de acuerdo a las expresiones de su hijo Bartolomé Mitre hijo (González Arrili, 1950:74). Algunas voces de mujeres, también, se convirtieron en referencias discursivas pero subordinadas a las masculinas. Las cartas de Mariquita Sánchez completaron el retrato de Dolores Correas (González Arrili, 1950:52) y como única excepción las Memorias de Agustina Palacio de Libarona se utilizaron para la construcción de su propia biografía (González Arrili, 1950:83).

Dos elementos confluyen en este proceso, por un lado la utilización de la fuentes tradicionales de la historia, fuentes consideradas por la disciplina las únicas válidas para la construcción del relato histórico¹³. De esta manera, estas fuentes en su mayoría oficiales fueron escritas y construidas por hombres, donde la presencia de las mujeres no es el centro de la atención sino los hombres en tanto único sujeto de la historia. La mujer aparece sólo en función de su complementariedad o acompañamiento de la acción masculina. Por otra parte, el criterio de autoridad también es un elemento a tener en cuenta, la voz de los hombres es aquella privilegiada en la construcción del relato, al ser equiparada como la voz de “la humanidad” en su conjunto. Las mujeres, que son el objeto de estudio, no son consideradas como referentes para elaborar su propio accionar, salvo en forma secundaria.

Diferentes rasgos femeninos son resaltados en este conjunto, pero en su mayoría responden al ideal femenino tradicional. En las esposas, el valor de la lealtad especialmente en circunstancias adversas:

**La prisión*

“Encarna el ángel que va hacia la prisión para alegrar las horas inacabables del prisionero y le ilumina los días” (González Arrili, 1950:43). “Aun así, a ella le quedaban muchas horas de desvelo. Era cuando venía la angustia a morder con sus pequeños dientes de alfiler” (González Arrili, 1950:76).

**La guerra. El amor a la patria*

“Cuando las luchas con el realista se apuraron, ella debió resignarse a que su Martín se entregara en cuerpo y alma a la defensa del suelo nativo, a que la dejara sola con sus pequeños, para salir por entre montañas, por sobre ríos, a luchar por la libertad” (González Arrili, 1950:47).

“La citaban como una víctima de la barbarie. Cuando era

necesario mencionar un ejemplo de amor conyugal, se daba el nombre de Agustina Palacio, la Santiaguëña; cuando quería señalarse hasta donde alcanzaba el espíritu de un sacrificio de una mujer, se recordaba a la heroína del Bracho” (González Arrili, 1950:83).

** El exilio*

“En la expatriación -que es cuando duele la vida- pobres y olvidados, el amor se hace más sólido. (...) No hay escenas preparadas, ni discursos hechos, ni testigos pagos. El pueblo, por el que se hacen los sacrificios máximos, no sabe nada, no se enterará nunca de una manera cabal. La mujer del expatriado está a su lado como la sombra: segura, ineludible, alargándose o achicándose, según le dé la luz” (González Arrili, 1950:46).

“Sólo en la expatriación halló ella al compañero a su lado.(...)Dolores fue la dulce compañera y confidente, que le ayudó a llevar con buen humor el nuevo madero” (González Arrili, 1950:52).

“Así supo ella, luego de aceptar la mano de don Bernardino, ser su compañera dignísima en el primer lugar del mandatario y en el duro trance de la adversidad y del destierro” (González Arrili, 1950:41).

La lealtad al marido, no es sólo a su figura sino se convierte en fidelidad a las ideas y modelos encarnados en cada uno de sus esposos. Así, se valoran las conductas tradicionales femeninas: la devoción, la sumisión, el acompañamiento del varón, el silencio, el sufrimiento, la resignación. De esta manera, en realidad, esta se transformó en la contribución de estas mujeres que al ser leales lo fueron en última instancia, a la patria.

Finalmente, se conservó la imagen de la esposa como sostén y corazón del hogar, refugio del guerrero y por ende, de todas las preocupaciones del mundo exterior.

“Se casa con Mitre para formar un hogar ejemplar, dulce asilo de inquietudes que se reflejan en cuanto tiene de noble la existencia” (González Arrili, 1950:73).

En cambio, la caracterización de las hermanas, se diferenciaba de las anteriores. Macacha Güemes, Procesa Sarmiento y Tomasa Vélez Sarsfield, demostraban un mayor grado de autonomía y rasgos personales en el carácter. Sin embargo, la utilización de las construcciones comparativas, diferencia claramente el abordaje de estos personajes femeninos. De esta manera, Macacha Güemes, “por momentos, completaba a Don Martín Miguel. Fue “su luz” cuando se oscurecían los caminos” (González Arrili, 1950:50), mientras Procesa Sarmiento, “fue puro instinto, como su hermano, con intuiciones magníficas” (González

Arrili, 1950:66) y en Tomasa Vélez Sarsfield “el talento y la gracia suplían el encanto físico ausente, acercándola más al único hermano varón, el famoso Don Dalmacio, rival en estética de su amigo y compañero de galera gubernamental, don Domingo Faustino” (González Arrili, 1950:78).

Los recursos empleados en la construcción del discurso, las construcciones comparativas (Arnoux, 1989) centran en los hermanos el protagonismo y las figuras femeninas aparecen en relación a ellos. En tanto que Macacha a través de la complementación “quedó en la historia como “la Macacha”, ejemplo de amor fraternal” (González Arrili, 1950:50), Procesa y Tomasa compartían los rasgos fraternales y se transformaban en sus paralelos femeninos. Así, tal vez, los rasgos físicos, psíquicos y espirituales que caracterizaban al universo femenino se desdibujan en ellas para adquirir, en la cercanía con estas figuras, sus rasgos más notables. La visión de la diferencia femenina se atenúa al compartir, en su calidad de hermanas, las cualidades “masculinas” universales.

La inclusión en esta categoría de dos hijas de personajes antagónicos respondió a la visión de la historia nacional a la que adhería el autor. La escuela brindó una visión del pasado que siguió los lineamientos de la “historia oficial” que construyó la Nueva Escuela Histórica; los funcionarios del área educativa no se mostraron entusiasmados por la aplicación de los planteos sobre el pasado que estaban realizando los revisionistas, sus compañeros en otros proyectos políticos y culturales. Esto respondió a varias razones; por una parte, la visión revisionista en ciernes que no era fácilmente integrable como un todo en los discursos históricos sostenidos por la esfera educativa. Por otra parte, no era necesario apelar a la reivindicación de Rosas para intentar difundir las ideas centrales de la política educativa vigente de orden, de organización jerárquica de la sociedad y de exaltación de las características culturales propias. La tradición disponible, nutrida en historia académica, era útil para ese objetivo y exhibía la ventaja de ser consensuada y admitida.

El peronismo distribuía en el imaginario de la sociedad los modelos sociales y culturales establecidos entre los que se incluían también una cierta visión de la tradición nacional, manifiesta en la preocupación por develar el mítico ser nacional que debía unificar a la comunidad. Curiosamente, para este movimiento alguna vez surgido del nacionalismo, esa tradición se encarnaba en primer lugar en San Martín, el Libertador -el centenario de su muerte fue profusamente conmemorado-, que prefiguraba al segundo Libertador, y luego -conspicuamente ausente Rosas- en la más clásica tradición liberal, la de Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca, con cuyos nombres fueron bautizadas las líneas de los

ferrocarriles nacionalizados (Romero, 1994:160-161).

Por un lado, Mercedes la hija de San Martín, el prócer que encarnaba los valores centrales de la unidad nacional y cuya figura se resaltó aún más en el año del bicentenario de su fallecimiento (1950, año de edición de la obra). La figura opuesta, Manuelita hija de Rosas, encarnaba los valores antinacionales que condujeron a la tiranía y la opresión.

En esta valorización, se supone la consideración de las hijas como “espejo” ya que ellas son un ejemplo más de las cualidades de los padres, así se percibe una clara adhesión a la Nueva Escuela Histórica¹⁴ mientras se rechaza el Revisionismo Histórico.

Ambas, a pesar de las diferencias planteadas, comparten una particularidad, su existencia se deriva completamente de la figura paterna. Así, “Merceditas hace de Antígone. (...) Merceditas está siempre a su lado” (González Arrili, 1950:58), al igual que Manuelita “Instrumento de “tatita”, careció de la resolución de la madre hombruna para inclinarse mejor a la comedia astuta del famoso restaurador” (González Arrili, 1950:85). Este rasgo, se evidencia también en el uso del diminutivo en sus nombres, de esta manera se acentuaba su carácter de hijas y la permanencia en estado de niñas, más allá de su edad cronológica.

Por lo tanto, sus figuras son construidas como reflejo e imagen de la vida y personalidad de sus padres.

“Fue Merceditas, la “infanta mendocina” quien cerró los párpados fatigados sobre las pupilas opacas con el amoroso beso filial que reconcilia con la vida en el dintel de la muerte” (González Arrili, 1950:58).

“Con su astucia calculadora y su carácter dominador hizo de Manuelita una criatura al servicio de su política, un instrumento de su gobierno personal. La identificó con su vida pública; la sacrificó a su feroz egoísmo” (González Arrili, 1950:87).

Nuevamente, la lealtad y la sumisión, son apreciadas como rasgos femeninos positivos, sin importar que esa devoción se dirija a figuras políticamente encontradas. Aún más, en el caso de Rosas, se valora la actitud de Manuelita más allá de todo lo negativo que encarnaba la figura paterna.

Finalmente, se incluyó en esta categoría: una única madre, Paula Albarracín, la madre de Sarmiento. Esta exclusividad, no es un dato accesorio, su centralidad radica tanto en la elección del personaje masculino que representa como en los valores que encarnaba.

“Pero es lo cierto que doña Paula Albarracín, nada más que por haber sido madre de tal hijo, la hemos puesto ya en nuestros altares, en las Escuelas Primarias, y más que eso, en el corazón de los muchachos

argentinos que así tienen en ella modelo de alta prosapia femenina para elogiar la extraordinaria figura de las madres y cantar loas al trabajo honrado de las manos que saben tejer, no como la Penélope de la leyenda, que teje y desteje para defenderse de los adoradores pretendientes, sino como las que han de pagar los adobones de su casa pobre y parar la olla de que se alimentan sus hijos” (González Arrili, 1950:59-60).

De esta manera, la madre de Sarmiento, a partir de la importancia de la vida y la figura de su hijo, se convirtió en madre de todos los alumnos de las escuelas. Claramente, se asoció su figura con la Virgen María, en una búsqueda, tal vez, de reemplazo¹⁶. El marianismo, noción acuñada por Stevens para explicar una de las fuentes de legitimidad más importantes del poder del género femenino en la América Latina católica, la “creencia y culto en la superioridad femenina que enseña que las mujeres son casi divinas, moralmente superiores y espiritualmente más fuertes que los hombres” (Arteaga Montero, 1996:14) teñía, así la construcción del imaginario femenino. El culto a la Virgen María proporcionaba un patrón de creencias y prácticas cuyas manifestaciones actitudinales se centraron en la fortaleza espiritual de la mujer, su paciencia con el hombre pecador, y en el respeto por la sagrada figura de la madre. Esta fuerza espiritual femenina engendraba abnegación, es decir una capacidad infinita para la humildad y el sacrificio (Fuller, 1996).

En la construcción discursiva, dos elementos aparecen indisolublemente unidos, el marianismo junto a una reconceptualización del cometido social de la maternidad en cuanto bien social, la llamada maternidad social. El deber femenino de la maternidad se concibió más **allá de la propia maternidad biológica para abarcar una maternidad social** ya que se entendía que todas las mujeres eran madres en potencia. Así, la “potencia maternal” definió la maternidad social a partir de la proyección a la sociedad de los recursos y atenciones maternas de las mujeres (Nash, 1995a:203). Paralelamente, esta “maternidad social” permitió la proyección a la sociedad de los recursos y atenciones maternas de las mujeres, configurando, de esta manera, una función pública femenina de índole asistencial (Nash, 1994:163).

De esta manera, encontramos en la caracterización de esta figura, ideas tradicionales para abordar el imaginario femenino bajo un nuevo ropaje, que permite su resignificación y refuncionalización. Sin embargo, elementos novedosos se amalgamaron con estos, especialmente la importancia del trabajo para la construcción de la identidad femenina.

“Precisamente, el ejemplo de doña Paula ponía en todas las alumnas la seguridad de que se enaltecía el significado femenino de la vida: trabajando” (González Arrili, 1950:60).

Esta amalgama de principios viejos y nuevos en la constitución del sujeto femenino, determinaron la identificación en la vida y personalidad de Doña Paula, de una función didáctica que permitía adaptarse a los cambios que atravesaba la sociedad vigente.

“Algunas mujeres han dejado sus vidas ejemplarmente vividas, como para llevarlas enteras al aula escolar; otras, superando el ambiente, adecuadas a la formación hogareña. La de doña Paula, mujer humilde, es de éstas, sin dejar de servir en aquéllas” (González Arrili, 1950:62).

Mujer intelectual

Este último grupo está constituido por dieciocho mujeres, el más numeroso y el que incluye las figuras más contemporáneas. Además, esta categoría involucra las nociones más nuevas y más divergentes utilizadas en la construcción del imaginario femenino.

Dentro de esta, podemos determinar tres conjuntos, que aunque comparten rasgos generales presentan algunas singularidades.

En primer lugar, las mujeres escritoras-literatas: Joaquina Izquierdo, la recitadora; Candelaria Somellera, la latinera; Mariquita Sánchez, la intelectual; Petrona Rosende, la primera periodista; Rosa Guerra, la feminista; Eduarda Mansilla, la escritora; Juana Manuela Gorriti, la novelista; Ida Edelvira Rodríguez, la poetisa negra; Vicenta Castro Cambón, la poetisa ciega; César Duayen, la Balzaciana (seudónimo de Emma de la Barra) y Alfonsina Storni, la poetisa.

En segundo lugar, las educadoras: Juana Manso, la batalladora; Francisca Jacques, la educadora; Victorina Malharro, la amiga de la verdad; Raquel Camaña, la nieta de Sarmiento y Cecilia Grierson, la médica.

Finalmente, las artistas: Julia Wernicke, la aguafuertista y Lola Mora, la escultora.

El primer grupo se distingue por su acceso a la palabra, en general escrita pero también incluye al mundo de las ideas y de las letras. La pertenencia en este conjunto de las dos primeras mujeres, Joaquina Izquierdo y Candelaria Somellera, responde a su adhesión a los principios de la cultura letrada y no tanto a su condición de escritoras. En el primer caso, la poesía, como voz que emitía las palabras de otro en tanto su tarea se limitaba a recitar poesías ajenas, en el segundo con su acceso en el siglo XIX, al lenguaje de “las ideas y las letras”: el latín.

Todas estas mujeres debieron luchar contra dos dificultades imperantes en la sociedad en las que vivieron, la incomprensión y la ignorancia.

“Rivadaviana convencida de que el saber, la cultura, la instrucción salva a los pueblos y emancipa a las mujeres de los tutelajes mezquinos, librándolas de caer en viciosas conformaciones sociales” (González Arrili, 1950:32).

“Que era de lo mejor en sus días albergado por Buenos Aires recoleta entre el atraso general y el semianalfabetismo de las clases adineradas y dirigentes” (González Arrili, 1950:39).

Dentro de estas figuras, la palabra y la voz de Mariquita Sánchez, es recuperada y valorizada al nivel de las voces masculinas, excepcionalmente se presentó su palabra como referencia discursiva en la representación de otras¹⁷. Presentada con autoridad y equiparada a figuras masculinas renombradas:

“A veces se pone uno a leer páginas, como las de Renán, en sus “Memorias”, y vuelve al “Diario” de Mariquita, sus “billetes”, sus cartas” (González Arrili, 1950:62).

Así, este reconocimiento se basaba en la posesión de los considerados saberes de la época como de una inteligencia destacada: “ella tenía una educación y una intuición, galas; una finura de espíritu que venía desde remotos orígenes afinándose, no se sabe bien cómo” (González Arrili, 1950:64). Sus condiciones únicas y singulares justificaban y legitimaban su inclusión en el curriculum escolar: “es, seguramente, la figura femenina más popular dentro de nuestra historia, y, desde luego, de las que mayores simpatías arranca desde la edad escolar” (González Arrili, 1950:62). De esta manera, encontramos nociones que entran en conflicto con las imágenes femeninas presentadas con anterioridad, sustentadas principalmente en una concepción de feminidad de antigua data.¹⁸

Dos periodistas integran este grupo, Petrona Rosende¹⁹ y Rosa Guerra, editoras respectivamente de *La Aljaba* y *La Camelia*, revistas que iniciaron las luchas feministas:

“Se atrevieron valientemente a romper las insignificantes ataduras del prejuicio. Porque aquí conviene anotar otra vez -y habrá que volver a hacerlo con frecuencia- que aquellas ligaduras que aparentemente se nos dan como muy fuertes y difíciles de cortar, resultan en la práctica débiles y fáciles, siempre que haya algunos que se propongan demostrarlo” (González Arrili, 1950:68).

A partir de estas personalidades, el autor centró su discurso en el feminismo que ellas respaldaban y por el que lucharon a través de la palabra escrita, la prensa:

“Nos pareció que carecía de consistencia y que por no salir a la luz del día dimos apresuradamente por nonato. Algunos rieron, otros hicieron chistes buenos o malos. Algunos pudieron llegar hasta el sarcas-

mo. Nada prevaleció y aquella docena de mujeres que en los primeros años de este siglo encararon resueltamente el problema, demostraron ya que tenían razón sobrada al comenzar a formar una conciencia femenina en el país. Para todo ello vaya dicho sin desconocer que en cualquier época contamos con mujeres emancipadas al prejuicio y la sinrazón” (González Arrili, 1950:69).

Entonces, el texto reivindicaba las luchas sostenidas en el pasado por estas mujeres por la igualdad y por el reconocimiento de derechos que las consideraran sujetos autónomos. Nuevamente, estas imágenes son contradictorias con las retratadas anteriormente, en donde los valores de la lealtad, la sumisión, la dependencia y la autoridad hacia la figura masculina, forjaron parte constitutiva de la identidad femenina.

Asimismo, estos enfrentamientos logran transformar la sociedad en las que ellas vivieron. Son considerados exitosos no por los logros obtenidos, nulos por lo cierto; si no por la importancia que tuvieron en la construcción de la conciencia femenina. Para la sociedad de la época, la acción de esas mujeres “resultaba un espectáculo ‘poco serio’ para la gran mayoría de las personas de ‘respeto’”.

Los rasgos detallados forman la médula central de estas caracterizaciones. No se valora de la misma manera, la condición de escritoras de estas figuras. Las referencias discursivas utilizadas son masculinas y, en gran medida, contradictorias. Nuevamente, la utilización de fuentes oficiales suscita un predominio de la voz masculina que se acrecienta en este caso por la importancia de la valorización de la tarea desarrollada. Son los hombres quienes determinarían, en forma fehaciente, la condición de intelectuales de estas mujeres; única opción posible en tanto la condición masculina (más allá de las divergencias individuales) encarna el paradigma del conocimiento científico, racional y universal. Como en el grupo anterior, las protagonistas no son consideradas como referentes para definir. En este caso su constitución en una categoría las separaba del resto de sus contemporáneas y las ponía en una situación de excepcionalidad.

“No da por afortunada en su carrera literaria a Rosa Guerra, Rojas en su Historia (Tomo IV). No obstante Miguel Cané, que era buen gustador de prosa literaria, dedicó a Rosa Guerra un cálido elogio (...) Ya es algo” (González Arrili, 1950:72-73).

Finalmente se encuentran dentro de este primer grupo las consideradas específicamente escritoras: Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti, Ida Edelvira Rodríguez, Vicenta Castro Cambón, Emma De la Barra y Alfonsina Storni. En este núcleo se incluían tres poetisas y tres novelistas, abarcaba el espectro cronológico más amplio que concluía

con Alfonsina, la figura más contemporánea.

Dos ejes recorren estas figuras: sus condiciones literarias y el combate que sostuvieron para poder dedicarse a esta actividad en una sociedad que les negaba el acceso.

Para abordar el primer eje, González Arrilli recurre como referencia discursiva básica a una autoridad masculina reconocida en este campo: Ricardo Rojas¹⁹. La valoración de estas mujeres en tanto escritoras implica un variado abanico de posibilidades. Desde Juana Manuela Gorriti quien “es posible que no pueda citarse en las cátedras de literatura a la Gorriti como estilista, pues descuidó la forma y con frecuencia se vulgarizaba en la abundancia de su narración; ello no quiere decir que se la borre de nuestra breve historia de las letras (González Arrilli, 1950:94), hasta Emma de la Barra “era una escritora extraordinaria, con recursos infinitos, con cultura excelente, con inteligencia madura” (González Arrilli, 1950:134).

Así como la calidad de escritoras las diferenciaba, el segundo eje las igualaba: las dificultades en el acceso a la literatura como profesión. Así, el autor destacaba esta situación: “cuando comienza a estudiarse el despertar del ‘espíritu femenino’ y a anotarse el nombre de las primeras mujeres que se dedicaron entre nosotros a las letras o al arte, con escándalo de algún anticuado dómine” (González Arrilli, 1950:88).

Estos obstáculos compensaron en gran medida, sus reducidos méritos literarios, esto se demuestra con claridad en el caso de Juana Manuela Gorriti: “A pesar de ello resultó una eximia narradora, una muy divulgada novelista y una admirada mujer por su lugar entre las primeras que aventuraron en América hispánica sus pasos por los caminos más que difíciles del relato novelesco. Y fue por esos caminos donde ganó su fama después de cosechar sus méritos, sin desentonar demasiado con ambientes sociales en que la mujer literata se asemejaba demasiado a esas novedades peligrosas que las buenas mamás de hace no más de cien años querían a cualquier precio alejar de los umbrales de sus casas, aun cuando no atinaran a explicarlo ni medianamente siquiera” (González Arrilli, 1950: 93). El discurso del autor refleja, en cierta medida, la situación marginal y relegada de las mujeres en el ámbito de la literatura, pero la evaluación de esta posición es ambivalente. Aunque establece los inconvenientes que esto le provocó en la elaboración del libro: “cuando hacíamos nómina de las mujeres escritoras que aletearon, sino volaron, en un clima indiferente, acaso hostil, en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo que pasó, anotamos una cuya figuración en las publicaciones porteñas alcanza los años 1883-1886 y luego desaparece totalmente, sin que pueda seguirse el rastro”(González Arrilli, 1950:106). Valoriza la situación anónima e

incógnita que muchas de las mujeres aceptaron “el silencio y el olvido son buenas lápidas para los que vienen de lejos arrastrando un drama sin ruidos, sin gritos, sin posturas ensayadas previamente. Un drama que apenas se desarrolla entre un amontonamiento de sombras” (González Arrili, 1950:106). De este modo, el autor recoge, en gran medida, las dificultades que implica la incorporación de la mujer como protagonista de la historia; su transparencia en tanto ausente en los registros así como su conceptualización como sujeto ausente incapaz de agencia histórica.

Las educadoras, también, forman parte en un número menor de este conjunto, con características distintivas.

Todas, poseían una fe en la educación como factor de cambio y progreso: “En los pueblos de vieja cultura, de educación firme, de instrucción sólida, no se concibe al caudillismo político. El remedio preventivo estaba, pues, en la educación” (González Arrili, 1950:100).

La figura de Sarmiento se relacionaba con ellas, en mayor o menor medida. Ya sea una presencia firme y orientadora, en el caso de Juana Manso: “Coincidió con el hombre que enseguida se convertiría en su guía y mentor Sarmiento” (González Arrili, 1950: 100); ya sea un vínculo espiritual que surgía de la adhesión a su política como en el caso de Raquel Camaña: “que tenía la entereza y el fervor de Sarmiento en defensa del ideal educacional y científico; que tenía la varonil pujanza de su maestra Miss Mary O’Graham”²¹ (González Arrili, 1950:118).

Mucho más claro que en las caracterizaciones anteriores, se señala su capacidad transformadora de la sociedad y de la cultura vigente, su capacidad de autonomía: “de manso no tenía nada. Guerrilleó hasta el último día hábil” (González Arrili, 1950:103); “dióse ella a continuar su obra de educador, serena, tenaz como un resplandor de candela que tarda en apagar el viento fuerte del camino” (González Arrili, 1950:103-104); “cuando se la llamó la ‘escritora de la verdad’ debió recordarse cómo chocaban con el ambiente cuasi mojigato las palabras, no por palabras sino por venir con voz fresca de mujer, de educadora” (González Arrili, 1950: 114); “ejemplo vivo de cuanto puede la voluntad en lucha contra todos los prejuicios, las ignorancias y las tonterías de las sociedades humanas deficientemente cultivadas, ella inicia una serie de mujeres merecedoras de la más cálida recordación”²² (González Arrili, 1950:129).

Las mujeres presentadas, cuyas voces también aparecen en el texto, simbolizan los valores universales de la educación: “Cualquier mujer trae a la vida la fuerza del maestro y lo hará bien, regular o mal según fuese ella misma enseñada. La mujer cuando madre, es una maestra total. Que nadie la culpe si lo hace torcidamente porque ella fue torcida primero. Que nadie la recrimine porque si en lugar de la paz sembró el

odio y en cambio del amor llevó la guerra a su casa. Ella fue enseñada así. Lo que es verdad y no podrá discutirse sensatamente es que ella enseña, educa, instruye desde el día primero” (González Arrili, 1950:120). Nuevamente, la idea de la maternidad social, legitima y justifica la identidad femenina, que aún se hallaba sujeta a condicionamientos sociales que le impiden desarrollarse en su totalidad.

El último conjunto lo constituían las artistas, dos únicas figuras: Julia Wernicke y Lola Mora. Se acentúan en sus caracterizaciones, sus atributos de artistas sino la relación entre la sociedad de la época y su quehacer. De esta manera, ellas representan una nueva concepción de la artista mujer que rompe con las tradicionales:

“A ella le toca actuar en el momento mismo en que los hombres están librando la gran batalla contra el desinterés y la incomprensión, sintetizada equivocadamente en una palabra de significación elástica y acomodaticia: el burgués. En el combate largo y difícil contra el burgués que no sabe apreciar una tela, un dibujo, los matices de un color, los hombres son los más, las mujeres son las menos. Existía una forma obtusa de mirar el arte pictórico. En manos de una mujer el pincel o el lápiz daba de suyo no más que el anodino adorno para la sala con piano y vitrina, el abanico con flores al óleo sobre la seda “moaré”, la maceta con su verdegueante paisaje napolitano, la tarjeta postal con un “efecto de luna” traducido de alguna brillante oleografía italiana” (González Arrili, 1950: 110-111). Ambas se encuentran con la incomprensión de un ambiente que no está dispuesto a acoger este nuevo rol, en gran medida aprendido y consolidado en el exterior:

“Un último viaje a las tierras de sus mayores, con las que se identificaba, perfectamente, la libró del ambiente empobrecido y casero del Buenos Aires mercantilizado y quizá de las estrechuras de una sociedad que se mantenía dentro de las normas equivocadas o anacrónicas en lo que tiene referencias con el arte y con el feminismo, mirado aún con un poco de sorna” (González Arrili, 1950:112-113).

“Fue cosa digna de mención histórica el choque crujiente que produjo la noticia de que una mujer argentina, a fines del siglo pasado, llamaba la atención de los círculos artísticos europeos, con las muestras de sus esculturas. No estaba hecho aun el ambiente propicio para que se aceptara sin murmurante y asombrada contrariedad esta incursión femenina” (González Arrili, 1950:123).

Estas artistas, entonces, son rescatadas desde su condición de sujetos que buscan transformar las ideas imperantes sobre el papel de la mujer en el arte, equiparándolas, de alguna manera, con las feministas.

Consideraciones finales

Podemos volver, en este momento, a la pregunta inicial que guía la elaboración del trabajo: ¿basta sólo con incorporar a las mujeres como objeto de estudio, para incorporar la categoría género en el análisis histórico?

La obra considerada buscó dar protagonismo femenino a la construcción de la historia, en gran medida para dar respuestas a requerimientos de la política educativa peronista. Sin embargo, no logró reintegrar a las mujeres a la historia ni restituir a las mujeres su historia (Gadol, 1992). El análisis de la mujer como sujeto histórico es muy limitado (totalmente complementario, secundario y adicional al protagonismo masculino) ni tampoco procura ni vislumbra la especificidad de una experiencia histórica femenina.

No obstante, las limitaciones planteadas, a través del análisis de la obra *Mujeres de nuestra tierra* de Bernardo González Arrili, hemos podido rastrear las representaciones culturales vigentes acerca del papel de la mujer. Estas representaciones, en este texto, buscaron consolidar y propagar una identidad de género no sólo en sus receptores directos, específicamente las maestras, sino a través de su función del texto como apoyo y soporte del trabajo áulico, en las generaciones jóvenes.

En la construcción de este imaginario, confluyeron elementos tradicionales sobre la identidad femenina: su valor como esposa, hermana, compañera, la sumisión que acompañaba a estas funciones basadas en su lealtad incondicional. La autoridad masculina, permanecía como poder y elemento que guiaba sus vidas.

Paralelamente, se atisban elementos contradictorios que respondían a las exigencias impuestas por el proceso de modernización económica, cultural y política que en las primeras décadas del siglo XX, conllevó una reformulación modernizadora de un nuevo prototipo femenino: la "Mujer Nueva" o "Mujer Moderna" (Nash, 1994:162). Estos elementos acentuaban el carácter de sujeto autónomo con capacidades propias, su posibilidad legítima de incorporación a la educación, al mercado de trabajo y a la vida pública. Así, se elabora un itinerario de mujeres que personificaron estas características y que debieron enfrentarse a una sociedad que les impedía el desarrollo. El contexto social, entonces, aparece claramente como un elemento que intervenía en la construcción de la identidad femenina.

Ambos elementos se amalgamaban, superando aparentemente la tensión contradictoria, esto se debió en gran medida a la reelaboración de la concepción tradicional (cuyo eje fue una nueva idea

sobre la maternidad), en una nueva dimensión significativa. Así los elementos novedosos que suponían en un primer momento la ruptura con el modelo femenino vigente en tanto cuestionaba varios elementos centrales en que este se sustentaba: la existencia del mundo público y privado como esferas separadas, la construcción de la identidad femenina en torno a la maternidad y la reproducción, la subordinación femenina a la autoridad masculina y por lo tanto su exclusión de actividades que pusieran en peligro estos principios, fueron utilizados para permitir, en gran medida, la supervivencia de la imagen ancestral sobre el papel femenino en la sociedad. En esta reformulación ocupó un lugar central el ideal de la domesticidad que acompañó, permitió y fundamentó el acceso al ámbito de la educación, el trabajo y la actividad política. Las mujeres en tanto madres y esposas, entendidas estas funciones en su concepto más amplio de "maternidad social", legitimizaron su incorporación plena a un mundo público, hasta entonces formalmente vedado.

De esta manera, podemos identificar un momento de reformulación del imaginario en donde lo nuevo y lo viejo, constituyen una síntesis; que sin duda, busca acompañar un proceso de transformación económico, político y social que el peronismo provocó en la sociedad argentina. Este proceso, que tuvo en la mujer uno de sus protagonistas y destinatarios, conllevó la necesidad de reflejar en el imaginario lo que en la realidad ocurría. Así, a partir de la incorporación de la perspectiva de género en el trabajo histórico pudimos acentuar un momento, espacio, y un imaginario simbólico en los que se lleva a cabo un cambio sustancial en la relación social entre los sexos.

Notas

1-Como ejemplo podemos analizar muchos de los trabajos sobre mujeres científicas que encajan en el molde de "historia de grandes hombres", sólo sustituyendo mujeres por hombres. Sin embargo el enfoque reposa sobre la mujer como excepcional, la mujer que desafía las convenciones para reclamar una posición prominente en un mundo esencialmente masculino. Uno de los problemas con este enfoque de la historia es que retiene las normas masculinas como medida de excelencia (Maffia, 1999).

2-Nuevamente, recurriremos a un ejemplo de la historia de la ciencia. El ocultamiento sistemático de la participación de las mujeres, en muchos casos, ha sido promovido por la legislación sobre patentes. Por otra parte, las historias de la tecnología han pasado por alto el ámbito de lo privado, es decir de lo femenino, en el que se utilizaban y utilizan tecnologías propias de las tareas tradicionalmente determinadas por la división sexual del trabajo, teniendo como consecuencia que inventos relacionados con la esfera de lo doméstico y la crianza, y realizados por mujeres, no han contado como desarrollos "tecnológicos". Así, las actividades desempeñadas por mujeres tienden a estar infravaloradas y su prestigio es inversamente proporcional al número de

mujeres que están implicadas. Entonces, se trata también de recuperar como objeto propio de la historia de la ciencia y la tecnología aquellos ámbitos menos públicos y más alejados de los circuitos oficiales en los que las mujeres tuvieron una participación importante (González García, 2002).

3-Claro ejemplo de esta situación puede observarse en cómo las imágenes tradicionales de género han modelado el conocimiento científico de tal manera que ciertos recursos cognitivos, emocionales y humanos que se han tildado de "femeninos" se han perdido para la ciencia, o han sido excluidos. La ideología de género, así, no sólo debilita y constriñe a las mujeres sino que también debilita y constriñe a la ciencia. Desde la modernidad se establecen categorías que funcionan como definiciones muy básicas que son a la vez definidoras del género (mente / naturaleza, racional / intuitivo, objetivo / subjetivo, etc.) (Maffia, 1998/9).

4-Ver las Revistas *La Obra* N° 486 del 15 de octubre de 1949. Tomo XXIX. Año XXIX. Páginas 609 a 612 y 619 a 638. También N° 501 del 1 de octubre de 1951. Tomo XXX. Año XXXI. pp. 416 a 418. Asimismo el N° 502 del 1 de noviembre de 1951. Tomo XXXI. Año XXXI. Páginas 465 a 470. Se repite durante los números de octubre y noviembre de los años sucesivos.

5-La planificación mensual de las unidades de trabajo aparece en la revista *La Obra* N° 495 del 1 de abril de 1951. Tomo XXXI. Año XXXI.

6-Los datos biográficos del autor se obtuvieron de la página de Internet de la Universidad nacional de Quilmes: www.unq.edu.ar. Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología. Proyecto Ameghino. Los orígenes de la ciencia argentina en Internet.

7-Entre las que podemos nombrar a: la Real Academia de Ciencias y Letras de Cádiz; el Ateneo de El Salvador; la Academia de Artes y Letras de Cuba; la Academia Dominicana de la Historia en Santo Domingo; el Instituto Belgraniano y la Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.

8-Entre sus numerosas obras escritas, se pueden enumerar: *Historia argentina* (curso elemental); *Historia argentina y americana* (curso secundario); *El General San Martín*; *El Magistrado Vidaurre y su Plan del Perú* (1928); Mariano Moreno, su vida narrada a la juventud (1935); *Una vida atormentada*; *Vida de Lisandro de la Torre*; *Sesenta años de República*; *Guión de Historia Nacional*; *Vida de Rufino Elizalde, un constructor de la República* (1948); *Vida de José de San Martín, el hombre que salió en busca de la libertad*; *Indios de América* (1949); *Mujeres de nuestra tierra* (1951); *Buenos Aires 1900* (1951); *Bosquejo de historia nacional* (1952); *El libertador de América José de San Martín* (1952); *Vida y milagros de Mr. Morris* (1956); *El diputado de la Libertad* (1959); *Hombres de Mayo* (1960); *Los indios pampas* (1960); *Cartas íntimas de Sarmiento* (1964); *Historia de la Argentina, según la biografía de sus hombres y mujeres, una obra en 10 tomos que comenzó a publicar en 1965*; y las biografías de Mariano Moreno, Saavedra, el Deán Funes, Belgrano, Sarmiento, Mitre, Guido, Leandro N. Alem, Lavalle, Rivadavia, Avellaneda, Lafinur, Ameghino y Lisandro de la Torre.

9-En las páginas de la revista aparecen varias obras: *Indios de América* (que respondía a los contenidos de cuarto y quinto grado), *Bosquejo de Historia Argentina* (para tercero y cuarto grado) y *Sesenta años de República* (para todo grado).

10-La *Obra* N° 500 del 1 de septiembre de 1951. Tomo XXX. Año XXXI.

11-La teoría eugenésica fue elaborada en principio por Francis Galton a fines del siglo XIX quien la consideró como la ciencia del mejoramiento del linaje; había que resolver la supuesta degeneración y decadencia de la población inglesa y el de la degeneración de la raza humana. Galton parte de la premisa de que todos los caracteres de los seres vivientes eran hereditarios, de manera que la influencia del medio resultaba mínima en el desarrollo de los individuos. Por lo tanto, los seres humanos heredaban los caracteres físicos, mentales y morales de los padres y los ancestros, una buena educación o una buena situación podían mejorar la inteligencia, pero lo importante estaba en una buena dotación hereditaria. La finalidad de la eugenesia, entonces, era utilizar todos los medios que puedan razonablemente utilizarse para hacer que las clases más útiles para la comunidad contribuyan más que lo que es su proporción a la siguiente generación (García González, Armando y Álvarez Peláez, Raquel, 1999, XXIII-XXIV).

12-Su figura es representativa de otras cuatro, Carmen Ferré de Alsina; Jacoba Plaza de Cabral; Toribia de los Santos de Sosa; Victoria Bart de Cevallos; Encarnación Atienza de Osuna (González Arrili, 1950:91).

13-Ya hemos señalado, la vigencia de la Nueva Escuela Histórica como paradigma del relato oficial histórico. Más allá de esto, el revisionismo histórico impugnó la interpretación sobre el peso y valor de algunas figuras en este relato pero no sobre la preceptiva metodológica de la disciplina.

14-Los integrantes de la Nueva Escuela Histórica, entre los que se contaban Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Rómulo Carbia, Diego Luis Molinari y Luis María Torre, fueron quienes organizaron la versión local de la historia profesional. En ella San Martín era enaltecido como jefe militar, los lazos de la historia argentina con la de España y la reconsideración favorable de la acción española en América (Cattaruzza, 2001:442-443).

16-El peronismo introdujo la enseñanza católica obligatoria en las escuelas, sin embargo el sistema educativo fue gestado en el principio de la laicidad. Sarmiento fue un activo defensor así como gestor de los principios que organizaron el sistema.

17-El caso de Dolores Correas y Candelaria Somellera.

18-Precursora de la tarea que continuaron después Juana Manuela Gorriti, "Cesar Duayen", Victorina Malharro, Gisberta S. de Kurth, Ada M. Eflein, Alfonsina Storni, Carolina Muzilli, Emilia Bertolé (González Arrili, 1950:68).

19-Básicamente su obra: *Historia de la Literatura Argentina*, tomo IV, Buenos Aires, 1922.

20-Su figura es representativa tanto de mujeres que se dedicaron al periodismo, Doña Carmen S. De Pandolfini, Francisca Jacques y Panchita Soler como quienes accedieron a la educación superior la doctora Lanteri Renshaw, la abogada Celia Tapia o a puestos considerados como masculinos, la telegrafista Clara P de Bustos.

21-Forma parte de las cuarenta y una maestras que Sarmiento trajo de Estados Unidos, Zubiaur las llamó hijas de Sarmiento. Raquel Camaña, al ser alumna de una de ellas, se transformaba en nieta de él.

22-En esta última cita que pertenece a la caracterización de Cecilia Grierson, también se hace referencia a las cuatro primeras dentistas: Sara Justo, Catalina Marni, Antonia Arroyo y Leonilda Menedier y a la primera farmacéutica: Armandina Poggetti.

BIBLIOGRAFÍA

- AMUCHÁSTEGUI, Martha (1997) "Los rituales patrióticos en la escuela pública", en CUCUZZA, Héctor Rubén (director) *Estudios de la historia de la educación durante el primer peronismo. 1943-1945*. Luján, Universidad Nacional del Luján.
- ANGENOT, Marc (1983) "Intertextualité, interdiscursivité, discours social". Texte. *Revue de critique et de théorie littéraire* 2. pp.101-113. Traducción de Luis Peschiera.
- ARNOUX, Elvira N. y colaboradores (1989) *Elementos de semiología y análisis del discurso*. Buenos Aires, Ediciones Cursos Universitarios.
- ARTEAGA MONTERO, Vivian (1996) *Legisladoras y Concejalas en la política boliviana*. La Paz, Ministerio de Desarrollo Humano.
- BAKHTINE, M. (1977) *Le marxisme et la philosophie du langage*, Paris, Minuit.
- BILLOROU, María José (1997), "Mujeres en la docencia: una herramienta para la construcción del Estado en el interior argentino (1910-1930)", en DI LISCIA, M. y José MARISTANY (1997) *Mujeres y Estado en la Argentina. Educación, Salud y Beneficencia*. Buenos Aires, Biblos.
- BUTLER, Judith (2001) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires, Paidós Ibéricas.
- CATTARUZZA, Alejandro (2001) "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", en CATARUZZA, Alejandro (director) *Nueva Historia Argentina. Tomo 7. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- CIRIZA, A y otros (1992) *El discurso pedagógico*. San José, Costa Rica, RNTC.
- CUCUZZA, Héctor Rubén (1997) (director) *Estudios de la historia de la educación durante el primer peronismo. 1943-1945*. Luján, Universidad Nacional del Luján.
- FULLER, Norma (1996) "En torno a la polaridad machismo-marianismo", en *Anuario de Hojas de Warmi* N° 7. Barcelona, Universitat de Barcelona.
- GADOL, Joan Kelly (1992) "La relación social entre los sexos; implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres", en RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.) *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Armando y ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel (1999) *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba (1898-1958)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Marta I., Eulalia PÉREZ SEDEÑO, (2002) "Ciencia, Tecnología y género", en *Revista Iberoamericana de Educación* N° 28. Organización de Estados Iberoamericanos.
- LARGARDE, Marcela (1999). "Feminismo y Humanismo en el umbral del tercer milenio" en LAGARDE, Marcela, *Una mirada Feminista en el umbral del milenio*. Heredia, Instituto de Estudios de la Mujer.
- LAMAS, Marta (1996) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género" en LAMAS, Marta (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LLUCH, Andrea y Ana M. RODRIGUEZ (2000) "Maestras y "educación para la salud". Redefiniciones de la práctica docente desde la política oficial" en DI LISCIA et. al. *Mujeres, maternidad y peronismo*. Santa Rosa, Fondo Editorial

pampeano.

MAFFIA, Diana (1998/9) *Género y metáfora en el lenguaje de la ciencia*. En Lola Press. Revista Feminista Internacional. Montevideo, Uruguay.

MAFFIA, Diana (1999) *Género, Subjetividad y Conocimiento*. Tesis doctoral. Inédita

NASH, Mary (1994) "Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España" en *Historia Social*, Número 20, otoño 1994. Valencia, Instituto de Historia Social.

NASH, Mary (1995) "Identidades, representación cultural y discurso de género en la España Contemporánea" en CHALMETA, Pedro; CHECA CREMADES, Fernando, et al; *Cultura y culturas en la Historia*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

NASH, Mary (1999) *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Taurus.

PITA, Valeria (1998) "Estudios de género e Historia: Situación y perspectivas" en *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género* N°4, octubre 1998. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

PLOTKIN, Mariano (1993) *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ariel.

ROMERO, Luis Alberto (1994) *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.) (1992) *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana.

RAMOS ESCANDÓN, Carmen (1999) "Historiografía, apuntes para una definición en femenino" en *Debate Feminista* Año 10, Vol. 20, octubre 1999. México.

SCOTT, Joan (1996) "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en LAMAS, M. (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

SOMOZA RODRÍGUEZ, Miguel (1997) "Una mirada vigilante. Educación del ciudadano y hegemonía en la Argentina. (1946-1955)" en Héctor Rubén CUCUZZA (dirección) *Estudios de la historia de la educación durante el primer peronismo. 1943-1945*. Buenos Aires, Editorial libros del Riel.